

Cosecha de infortunios

GABRIEL QUESADA MORA

“Primero, fue necesario civilizar al hombre en su relación con el hombre. Ahora, es necesario civilizar al hombre en su relación con la naturaleza y los animales”.

Víctor Hugo

I

Aquel año empezó a ser el último año de muchas cosas. Las hojas de tabaco acabaron rotas por la furia de un viento descomunal, las matas en el campo se quebraban a media altura, a las 6 de la mañana ya solo se podía ver con triste resignación el campo arrasado por el viento. Miguel, el patrón, que había alquilado el terreno para sembrar tabaco apuraba con urgencia a los peones: había que rescatar las hojas que por milagro estuvieran buenas, en una sola pieza sin ningún daño, esas eran las que valían como primera calidad para la Compañía de Tabacos, las otras hojas ya molidas por el viento no las recibían en San José, estas se quedaban para la burucha interior de los famosos puros que don Lesmes hacía en San Juan.

El viento –decía Miguel– es una vaina muy jodida, un solo ventolero bien fuerte se puede jartar toda una hectárea de tabaco, y con lo que cuesta hacer el almácigo y lograr que peguen las condenadas matas en estas peñas, tanto desvelo para que un buen día venga un viento y lo tumbe todo. Es una injusticia, pero ¡diay!, hay que seguir, ¡más se perdió en Sodoma!

Contra el viento, Miguel y los peones ponían toda su industria para hacerle frente y disminuir sus golpes: reforzaban las talanqueras en sus bases, por encima y por los lados les ponían doble forro de plástico negro, aunque este fuera un poco caro, procuraban no dejar tabaco a la intemperie, todo para el galerón viejo y alto que estaba en el centro de la propiedad. El trabajo era arduo durante el día, y en las noches Miguel se despertaba varias veces por la furia del viento ahí afuera, y el desvelo se instalaba en su almohada como un bicho muerto que con su mal olor le anunciaba que de nuevo el viento había hecho fiesta con el tabaco.

Al día siguiente los peones estaban más preocupados porque si las cosas seguían así pronto los iban a despachar por haberse malogrado la cosecha, y el trabajo ya era por demás escaso, y había que pagar recibos y mantener

a las familias, y los hijos ya esperaban regalos y estrenos para Navidad. Luis, un hermano de Miguel llegó primero al cultivo ese día, él también no había pegado el ojo, su temor se empezó a confirmar desde lejos cuando no logró divisar las flores blancas y moradas que coronan las matas de tabaco, el viento había pasado parejo como una tijera invisible derribando todo a su paso. Otro signo nefasto eran los pedazos de plástico desperdigados por el suelo, pegados en las ramas de los árboles, hacía unas horas ese plástico protegía las débiles hojas secas de tabaco, si el plástico había quedado así, las hojas de tabaco eran simplemente polvo, nada, pedazos de esfuerzo viajando ya lejos por los caprichos del viento.

—¡Qué tirada! —exclamó Luis— esto se puso más negro, y nosotros que pensamos que iba a mejorar la cosa.

—La verdad —dijo Miguel— es que ya no paga sembrar tabaco, es muy delicado y el tiempo no ayuda para nada, los de la tele se equivocan en el pronóstico del tiempo, ya no pegan una, y nosotros contentos porque según ellos no habría ventoleros y mire qué pecado todo este tabaco roto y sucio que ya no vale nada.

—Es que el planeta se está volviendo loco —dijo Alfredo, uno de los peones—, un día escuché por la radio que es por tanta contaminación en el mar, por tanto humo negro que tiran los carros y las fábricas, dicen que el planeta está enfermo y que ya no hay equilibrio de no sé qué cosas.

—No pinta bien —dijo Miguel— un planeta enfermo y nosotros que la estamos viendo bien peluda para lograr el sustento. Lo cierto es que un ventolero más como este y se acabó, se pierde el tabaco y nosotros calabaza calabaza, y a ver dónde encontramos oficio.

La semana siguiente todo fue peor, no solo más viento del norte como nunca antes se había visto, sino que vino acompañado de una lluvia madrugadora que pudrió el tabaco e hizo brotar del suelo una plaga de gusanos verdes que se comían los brotes frescos de las hojas tiernas del tabaco. Ya no había remedio, los hombres habían hecho todo lo posible en el campo, sus esposas habían pasado más de diez días prendiendo velitas a una corte de santos y haciendo novenas para que del Cielo viniera el milagro, pero nada pasó. Miguel tuvo que despedir a los 3 peones que le ayudaban en la faena, ese día Luis le ayudó a recoger las pocas herramientas que estaban en el campo y le pusieron candado a la bodega que tenían a la par de la casa.

Esa Navidad los niños se tuvieron que conformar con unos regalos pequeños, la ropa de estreno fue conseguida en una tienda de ropa americana “como nueva” decía el anuncio. El famoso paseo al Parque de Diversiones para celebrar la buena venta del tabaco y las vacaciones fue sustituido por un viaje al río Turrubares, todos en un viejo carro de cajón que Luis consiguió prestado un día antes.

De cuando en cuando Miguel tenía pesadillas con ese viento que le arrancó su esfuerzo. Soñaba que ese mismo viento venía por las noches y le decía “vengo ahora por tu casa” y le arrancaba de un cuajo el techo y todo lo que estaba en la casa empezaba a volar sin control. Cuando despertaba, Miguel agradecía que fuera solo una pesadilla, pero el susto le quedaba impregnado en el alma, como si en el sueño se le anunciara un futuro aciago.

En la televisión aparecían familias de la capital que aprovechaban

las insólitas ráfagas de viento para sacar sus papelotes y ponerlos a volar en el Parque de la Paz. Uno de los niños estaba extasiado al ver su juguete alcanzar una altura descomunal gracias al fuerte viento que imperaba. Minutos después enfocaron al niño mostrando orgulloso su papelote, de papel resistente en una estructura aerodinámica... el padre del niño diciendo “este viento es lo mejor que nos ha pasado en estos días”. Ese mismo viento, en otro lugar de colinas y potreros era el motivo de pesados silencios y lágrimas secretas.

II

Para el verano de ese nuevo año Miguel había conseguido trabajo como guarda nocturno en la clínica de Santiago, a siete kilómetros de su casa. En las noches de su guardia se ponía a repasar los viejos recuerdos de chiquillo cuando la finca sí daba cosechas portentosas y era un gusto ir al tabacal de su tío Eduardo y llenarse del rico olor a tabaco seco, o al cafetal de su abuelo y presenciar a las tres de la tarde cómo los cogedores hacían fila para medir el café y mirar el río de colores de granos que llenaban los sacos que iban para el beneficio de los Peters. Recordaba con nostalgia la aventura de ir a dejar el café en el carro de cajón de Meco, pasar toda la finca y sentir el viento en la cara y el movimiento taurino del carro que luchaba contra los embates de un camino sinuoso.

Luis se había ido a probar suerte como ayudante en la finca de Las Carmelas del señor Orlich. Empezó también ese verano con la esperanza de que le fuera mejor. Ahí tenía que ayudar con el ganado y dos hectáreas de

cítricos que el patrón se había empeñado en sembrar. Aunque el río San Juan pasaba por la finca su agua ya no era buena para el ganado, estaba contaminada por toda la basura y desperdicios que venían del pueblo, el río que hacía veinte años era apetecido por la chiquillada para hacer caminatas al bajo y buscar cangrejos debajo de las piedras, era ahora un caño negro de aguas putrefactas. Por esto, para el ganado y los árboles Luis dependía de una naciente generosa que brotaba tierra adentro de la finca en el bosque de las ardillas, aunque se aprovechaba el agua, la naciente seguía su curso natural hasta caer en la corriente mayor del río y su agua se mezclaba inevitable con el agua hedionda de muerte.

La naciente de agua se secó a finales de abril, eran ya cuatro meses de un verano ardiente y sin piedad. A mediados de mayo la plantación de cítricos era un fantoche, los limones y las naranjas se habían secado y parecían grandes pasas escurridas por el sol. La hojarasca se acumulaba en el suelo agrietado, la tierra estaba partida y dura como una semilla de coyol. Ese mes de mayo fue como un segundo febrero: caliente, seco y casi eterno en espera de la lluvia fecunda que devolvía el color verde a los árboles y al pasto. Cuando ya todo estaba perdido de amarilla sequedad, cuando ya solo quedaban 20 animales en los repastos —la otra mitad tuvo que ser mal vendida en la subasta para no perderla del todo— la lluvia se asomó súbitamente un dos de junio.

—¡Bendita lluvia!— dijo Luis. El cielo sí que tiene buena agua allá arriba, pero algo pasa que ya no es como antes. El primer aguacero se lardeó todo mayo, el tiempo sí que está raro. Antes

a mediados de abril ya empezaban los primeros aguaceros, en Semana Santa era seguro que llovía en alguna tarde y ya para el 15 de mayo, día de San Isidro, la tierra estaba bien mojada y daba gusto ir a sembrar el maíz y hacer las heras en la huerta para la primera tanda de hortalizas.

—Tenés razón Luis —dijo Alberto su compañero—. Este verano ha sido jodido. Hace solo dos meses, a finales de mayo, a mi tío se le quemó la mitad de la finca en aquel incendio en el Bajo de Purires, ¿lo recuerda?

—Claro que lo recuerdo. Hasta salió en las noticias porque era muy grande y hasta se murió uno de los bomberos, una pena ese muchacho tan joven y con familia.

—Sí, fue un pecado lo de ese bombero —continuó diciendo Alberto— yo fui a ayudarles dos días a jalar y jalar agua con lo que hubiera, y hacer lo que nos dijeran los bomberos. Ese incendio fue tremendo, por un lado, esos ventoleros nunca vistos en marzo y luego nos enteramos que se inició por una fogata mal apagada que dejaron unos cazadores.

—Esos cazadores son unos mañosos —dijo Luis con enfado—, con tal de atrapar a los animales no les importa nada más. Hay noches que desde aquí escucho tiros en el Bajo y a los perros aullando. Pero qué me voy yo a ponerme a perseguirlos, yo solo y sabiendo que ellos mínimo son tres y con sus perros. Ya a los días cuando bajo a buscar a algún animal que se ha perdido, me encuentro el montón de zopilotes haciendo fiesta con las tripas de un armadillo, la cabeza de un pizote, las fogatas apagadas a la par del río.

Puriscal y Turrubares no eran la zona más afectada del país. La situación era todavía peor en Guanacaste.

Ahí el verano se extendió hasta finales de junio, murieron cientos de cabezas de ganado. Los pozos y nacientes se habían escurrido, el pasto no crecía, la pampa se convirtió en un cementerio a cielo abierto. Con el ganado muerto se esfumaban las esperanzas de un mejor año para los peones de las haciendas. Era una imagen de contraste: al interior de tierra la peste seca de una muerte lenta de animales y de sueños y en las costas de la provincia la fecundidad frondosa y colorida de los exclusivos hoteles que chupaban el agua profunda de la tierra gracias al poder de sus billetes verdes y corruptos. Las fotografías de las playas circulaban por el mundo en atractivas tarjetas postales mientras que las imágenes de la región yerma se impregnaban en la retina y en la memoria de los hombres que veían caer los esqueletos de lo que en sus sueños iban a ser las siete vacas gordas y fuertes que una vez salvaron a José y su imperio milenario.

Aunque Miguel había renunciado a sacarle a la tierra sus frutos, desilusionado por tanta adversidad y para ya no mirar con tristeza sus cultivos abortados, aun así, no escapaba de los sinsabores de un mundo descompuesto. En este mismo verano en que Luis pasaba sus propias penurias en Las Carmelas, en la casa de Miguel en Barbacoas, las tuberías lo que transportaban era un débil hilo de agua que llegaba agonizando a la boca de los grifos. Había cortes de agua muy largos para procurar que los tanques se llenaran o poder abastecer a otras zonas. Pueblos como Barbacoas y Grifo Alto sufrían más por estar clavados en las partes más encumbradas de los montes. La naciente que los abastecía se encontraba oculta en la bajura, las

peñas que la custodiaban antes eran bosques espesos, pero hacía muchos años que los hombres habían volteado la montaña para sembrar cafetales y poner potreros, apenas si dejaron una hilera de árboles que seguía el camino abierto por la naciente. En esos años se pensaba que el agua era un recurso inagotable, la engañosa abundancia implantó en las mentes el espejismo de una eternidad de agua inexistente.

—¡Mierda! —gritó Miguel en el baño— Otra vez se va el agua de un solo y todavía estoy lleno de jabón. Pero si habían dicho que quitaban el agua hasta las cinco de la tarde, todavía faltan veinte minutos.

—Ya sabés que lo del agua es una lotería —le dijo Lucía su esposa— aunque pongan horarios el agua no alcanza y se va en un santiamén.

—Es desesperante esta situación —continuó quejándose Miguel.

—Sí, es cierto —continuó su esposa— pero hay que arreglárselas con la que hay, es sencillo, la tierra se secó y punto, no hay misterio.

—Y saber que esto es por culpa nuestra, de nuestros tatas y nuestros abuelos que se pusieron como locos a cortar la montaña para reclamar la tierra y sembrarla.

—Así es la cosa Miguel, ya vos mismo entendés que no hay engaño en esto, por tanta carrera en tener la tierra y sacarle provecho y no haber cuidado el agua, es que ahora pasamos estas penurias.

Miguel y su esposa eran unos más de los cientos de afectados. Este verano sin piedad ni miramientos había desvelado el error de las generaciones precedentes. Pero ahora el agua ni era gratis ni era eterna. El racionamiento impactó las actividades más elementales

hasta las más prescindibles. Lavar el carro con manguera era un insulto al bien común, tener piscinas inflables rebosantes de agua se convirtió en un acto de egoísmo al igual que tener verdes jardines frente a las casas. Con la presencia del calor abrasador y la ausencia terrible del agua los habitantes del pueblo se fueron sumiendo en un estado de angustia y temor respecto a su presente inmediato, pero también con la congoja de imaginar que el próximo año fuera todavía peor. El dos de junio también llegó la lluvia a Barbacoas, el agua cayó sobre la tierra, el pavimento golpeado por el agua hacía un chirrido impresionante como cuando cae el agua sobre un sartén caliente de la cocina.

III

Para agosto de ese año el señor Orlich decidió vender Las Carmelas a unos gringos. Al igual que su hermano Miguel, a Luis le dolía ver cómo los cultivos se perdían, cómo tanto trabajo de días desaparecía de manera irremediable. Ahora que el señor Orlich había vendido fue que decidió cambiar de actividad y trabajar como mesero en la soda de su tía Rosa que estaba a medio camino entre Grifo Alto y Turrubares. Era un pequeño negocio que aprovechaba el tránsito de turistas para ofrecer comida típica a los viajeros. Se llamaba Soda El Higuieron ya que dos grandes árboles de esta especie custodiaban la entrada. Fue así que para setiembre ya estaba Luis inmerso en su nueva rutina. Se levantaba a las cuatro y media de la mañana y con su vieja moto hacía el recorrido de Barbacoas hasta la soda en quince minutos.

Para las cinco y media ya tenía encendido el inmenso fogón de la soda. Los clientes –turistas gringos, alemanes, canadienses y nacionales– empezaban a llegar cerca de las seis de la mañana.

La soda estaba ubicada en un terreno al margen derecho de la carretera, de frente se levantaba como un muro la montaña y los potreros altos. Detrás de la soda seguía irremediable una pendiente, potrero abajo, todo verde hasta perderse a la vista.

La ruta era muy transitada porque permitía –desde San José– llegar a las playas de Jacó y Herradura por un camino apto para cualquier vehículo, además de regalar un paisaje agradable a la vista. Después de encender el fuego Luis se dedicaba a atender a los clientes, las mañanas eran las más intensas, era mucho trabajo pero había un contento entre los empleados de la tía Rosa porque el negocio marchaba bien y había trabajo seguro.

En las tardes, después de las tres, disminuía la clientela, aumentaba la neblina que subía desde los llanos y lo cubría todo con su espesa blancura, el frío se metía en todas partes, luego empezaba una lluvia suave que iba quitando la neblina para dar paso al concierto descomunal de un aguacero diluviano que ponía a prueba la resistencia de las latas de zinc.

Ese jueves tres de octubre Luis se levantó como siempre, había comenzado a llover desde la madrugada, viajó en moto con su capa amarilla. El día estaba más para quedarse entre las cobijas, pero había que ir a cumplir con el trabajo, además, la tía Rosa había sido muy buena y había que ser agradecido. Ese día costó prender el fogón, la leña estaba un poco más húmeda, una gotera había aparecido en la troja y había mojado algunos

leños. Después de una tregua muy breve, después de las diez de la mañana empezó a llover parejo, sin descanso.

—Tía Rosa –dijo Luis–, ya van a ser la una y esta lluvia sigue.

—Sí, Luisito, hoy parece que será un día largo, lo importante es mantener el fuego y ofrecer a los clientes algo bien rico y caliente.

—De eso no se preocupe tía –le respondió Luis– que de eso nos encargamos todos.

El panorama durante la tarde no cambió, la lluvia siguió imparable su recorrido. A las tres de la tarde se escuchó un gran estruendo en la montaña, todo pasó tan rápido que fue imposible reaccionar para los que estaban en la soda. Después del ruido portentoso del derrumbe siguió un silencio profundo en medio de la lluvia que no se detenía. La tierra todo lo sepultó con lodo y troncos, partes del edificio y dos carros estaban destruidos allá abajo en el ombligo del potrero. La avalancha abrió un cauce de lodo que barrió con lo que estaba en su camino. Luis, su tía, sus compañeros y las dos familias que estaban en la soda desaparecieron en un instante en medio del derrumbe.

Miguel dormía cuando ocurrió la tragedia. Lo despertó la fuerte sirena de la primera ambulancia que pasó por Barbacoas camino a Grifo Alto. Luego se sumaron otras dos y a los cinco minutos se escuchó el inconfundible sonido de la sirena de los bomberos.

—Algo muy feo pasó –le dijo Miguel a su esposa–, y se escucha que van para dentro, para Piedades o Grifo Alto...

—¡La sentencia dada que sea revocada, la Cruz de Jesucristo que venció vencerá, el Hijo de María Santísima que murió en ella nos defenderá! –rezó nerviosa Lucía al tiempo que se persignaba.

Unos minutos después sonó el teléfono. Miguel contestó, era Luis Porras un amigo suyo que vivía en Grifo Alto.

—¡Aló! —respondió Miguel— ¡aló!... ¿quién es?, hable, ¡carajo!

—Miguel, Miguel, perdoná pero es que... aquí pasó algo muy feo... en la soda de su tía Rosa, eh... la montaña... se vino esa condenada montaña y se los llevó a todos... mejor véngase a ver...

Veinte minutos después Miguel estaba en la escena de la tragedia. A esa hora ya solo caía un pelo de gato inofensivo. Imperaba de nuevo una neblina fría y espesa. Miguel se identificó con los oficiales y los bomberos para colaborar, él conocía el lugar y a las personas desaparecidas, quería hacer lo que fuera para salvar la vida de los suyos. Esa noche fue eterna, luego de tres horas de búsqueda y de los trabajos de la maquinaria del MOPT se fue limpiando el lugar, y se fueron encontrando los cuerpos de las víctimas. Se confirmó lo inevitable: todos habían muerto.

Una semana después de lo ocurrido se empezó a ver la luz en la investigación de la tragedia. En lo alto de la montaña que se desprendió, hacía cuatro años existía una plantación de pinos que había estado ahí durante veinticinco años, el nuevo dueño, un gringo viejo, había mandado a cortar todos los árboles para hacer un gran llano para una cancha de fútbol y unas terrazas para futuras cabañas. Los pinos le servirían para la madera de las futuras construcciones. Sin embargo, seis meses después de haber cortado los árboles, el gringo murió y en la finca de la montaña cesó toda la actividad mientras se resolvía el litigio de la propiedad entre los herederos. De esta manera, la cúspide de la montaña quedó al descubierto y por más de

tres años recibió los golpes de lluvia, la tierra se fue aflojando cada vez más, la ausencia de los árboles favorecía que el agua se escurriera a su antojo y penetrara el suelo hasta saturarlo, así cada año hasta el día en que por su propio peso la cúspide de la montaña se vino abajo dejando tras de sí una estela café de oscura devastación.

IV

4 de diciembre de 1999
Puriscal, San José

Querido Ruperto:

Gracias por el envío de los chocolates en forma de huevo, a los sobrinos les encantan. Aquí no hay todavía eso de internet que me decís que es muy bueno para estar comunicados. En el pueblo son contados los que tienen computadora en la casa, yo mejor le sigo escribiendo cartas como siempre. Sé las ganas que tenías de venir a lo del entierro de los tíos, pero cómo ibas a venir si el pasaje de avión es carísimo y como vos mismo decís, la beca, aunque es generosa no alcanza para estos imprevistos, y de aquí tampoco podríamos enviarte plata, con costos se logró juntar lo necesario para enterrar como Dios manda al tío Luis y a la tía Rosa.

Querrás saber cómo sigue papá. Ya son más de dos meses de la tragedia, pero él sigue callado como una piedra. A veces mamá o yo lo encontramos llorando en el cuarto, intentamos decirle algo, pero él cierra la puerta o se mete más entre las cobijas. Un día le escuché decir que la vida no era justa, que eso de llevarse a los buenos era un error de arriba, que Luis y tía Rosa no

le hacían daño a nadie y más bien buscaban cómo ayudar. Otro día hablando solo lo escuché decir que en ese derrumbe tuvieron que haberse ido otros, los chapulines y borrachos del pueblo: que Visco, Odiseo, Ternera y Pelleja sí que tenían que irse por tanto mal que hacen, de andar robando en los cultivos y las gallinas ajenas, de meterse en las casas mientras las familias andan trabajando y todo para mantener el maldito vicio...

Como verás papá está todavía afectado. Esta Navidad iremos a pasarla a Sarapiquí donde tío Carlos, que tiene ahí una finca de lo más bonita. Entre ir al río, descansar y andar a caballo esperamos que a papá se le vaya pasando este trago amargo. Yo no lo culpo, como buen familiar él los quería mucho. A mí también me viene a veces la tristeza, aunque ya estoy grande me había acostumbrado a ver siempre al tío Luis los fines de semana haciendo sus carritos de madera en el corredor de la casa de abuela Chela. Ahora el corredor está vacío y con un silencio triste que recuerda su ausencia.

Me apena que mis cartas de este año te hayan hecho llegar tantas desventuras, pero así ha sido este condenado año que parece querer terminar el siglo y el milenio con fatales sucesos. Recuerdo que en una de las cartas me

decías que “la naturaleza está cobrando la factura de muchos años de irresponsabilidad”. Tienes razón, un día se lo comenté a papá y dijo “Rubén no deja de tener razón, pero ya a nosotros nos ha cobrado más de lo que le hemos quitado, que se vaya a cobrar a otros pueblos porque no me cabe más tristeza entre las costillas”.

Desde octubre mamá se pasa los días viendo cómo lo reanima y le vuelve a encender esa llama de vida que antes la tenía a flor de piel. Ayer María vino a la casa y le dio la noticia de que iba a ser abuelo..., papá se quedó de piedra, pero un instante después reaccionó y la abrazó fuerte y le dio una lluvia de besos en el rostro y en la pancita. Y le vi esos ojos alegres que de nuevo brillaban con esa llama que se le había apagado.

Con el cariño de siempre,
Iván.

PD: Abuela Chela dice que todavía no se muere por dos razones: una ir a ver el juego de pólvora que el padre Jaime anunció que hará para recibir el nuevo milenio, y la otra razón que lo quiere ver de nuevo a usted, hecho todo un doctor, aunque sea un doctor de esos que hacen caminos y puentes.